



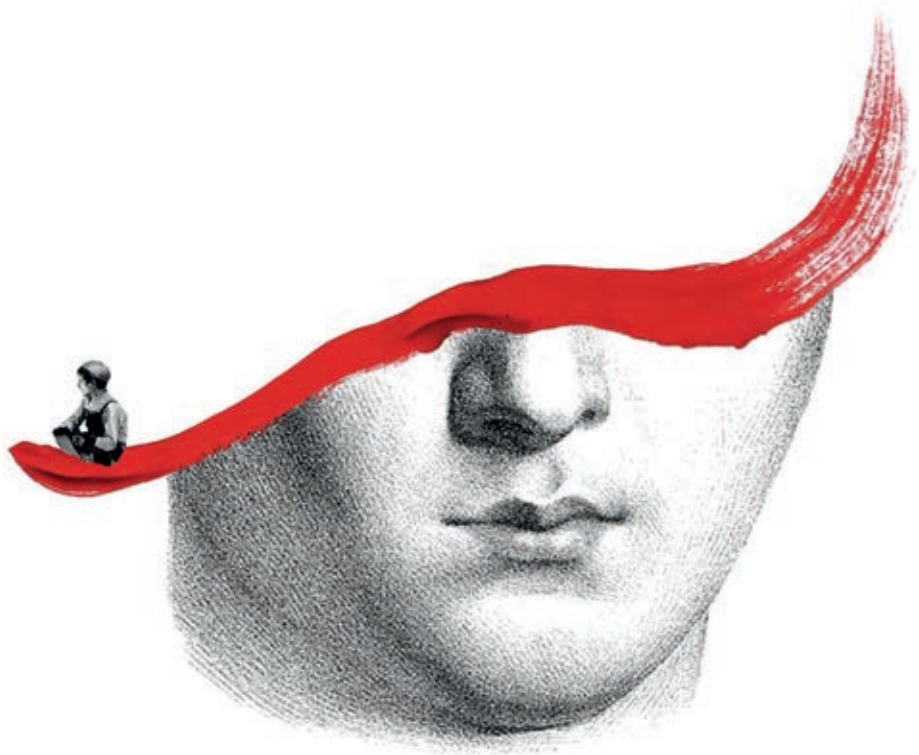
Seix Barral



Julio Ramón Ribeyro

La palabra del mudo

Prólogo de Sara Mesa





Seix Barral Biblioteca Breve

Julio Ramón Ribeyro

La palabra del mudo

Prólogo de Sara Mesa

© Herederos de Julio Ramón Ribeyro, 2010
© Prólogo de Sara Mesa, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2010, 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Planeta Perú S.A.

Primera edición en esta presentación: junio de 2019
ISBN: 978-84-322-3524-5
Depósito legal: B. 11.714-2019
Composición: La Nueva Edimac, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

-
- 7 *Una llamita en la punta de una vela, en un lugar donde
sopla un vendaval*, por SARA MESA
- 19 *Introducción*

CUENTOS OLVIDADOS

- 25 La vida gris
- 30 La huella
- 33 El cuarto sin numerar
- 40 La careta
- 43 La encrucijada
- 55 El caudillo

LOS GALLINAZOS SIN PLUMAS

- 61 Los gallinazos sin plumas
- 73 Interior «L»
- 82 Mar afuera
- 90 Mientras arde la vela
- 97 En la comisaría
- 106 La tela de araña
- 115 El primer paso
- 121 Junta de acreedores

CUENTOS DE CIRCUNSTANCIAS

- 139 La insignia
144 El banquete
149 Doblaje
156 El libro en blanco
164 La molicie
170 La botella de chicha
175 Explicaciones a un cabo de servicio
181 Página de un diario
185 Los eucaliptos
192 Scorpio
198 Los merengues
202 El tonel de aceite

LAS BOTELLAS Y LOS HOMBRES

- 209 Las botellas y los hombres
221 Los moribundos
231 La piel de un indio no cuesta caro
242 Por las azoteas
251 Dirección equivocada
255 El profesor suplente
261 El jefe
267 Una aventura nocturna
274 Vaquita echada
282 De color modesto

TRES HISTORIAS SUBLEVANTES

- 297 Al pie del acantilado
322 El chaco
346 Fénix

LOS CAUTIVOS

- 369 Te querré eternamente
378 Bárbara
383 La piedra que gira
389 Ridder y el pisapapeles
394 Los cautivos
402 Nada que hacer, monsieur Baruch
412 La estación del diablo amarillo
423 La primera nevada
430 Los españoles
439 Papeles pintados
446 Agua ramera
455 Las cosas andan mal, Carmelo Rosa

EL PRÓXIMO MES ME NIVELÓ

- 461 Una medalla para Virginia
473 Un domingo cualquiera
485 Espumante en el sótano
496 Noche cálida y sin viento
503 Los predicadores
508 Los jacarandás
528 Sobre los modos de ganar la guerra
537 El próximo mes me nivelo
547 El ropero, los viejos y la muerte

SILVIO EN EL ROSEDAL

- 557 *Terra incognita*
569 El polvo del saber
575 Tristes querellas en la vieja quinta
597 Cosas de machos

-
- 606 Almuerzo en el club
614 Alienación
627 La señorita Fabiola
633 El marqués y los gavilanes
652 Demetrio
656 Silvio en El Rosedal
682 Sobre las olas
688 El embarcadero de la esquina
708 Cuando no sea más que sombra
724 El carrusel
734 La juventud en la otra ribera

SÓLO PARA FUMADORES

- 771 Sólo para fumadores
802 Ausente por tiempo indefinido
817 Té literario
829 La solución
841 Escena de caza
848 Conversación en el parque
860 *Nuit caprense cirius illuminata*
881 La casa en la playa

RELATOS SANTACRUCINOS

- 913 Mayo 1940
920 Cacos y canes
927 Las tres gracias
933 El señor Campana y su hija Perlita
937 El sargento Canchuca
945 Mariposas y cornetas
953 Atiguibas
961 La música, el maestro Berenson y un servidor
974 Tía Clementina
992 Los otros

CUENTOS DESCONOCIDOS

- 1009** Los huaqueros
1017 El abominable
1023 Juegos de la infancia

CUENTO INÉDITO

- 1031** Surf

LA VIDA GRIS

Nunca ocurrió vida más insípida y mediocre que la de Roberto. Se deslizó por el mundo inadvertidamente, como una gota de lluvia en medio de la tormenta, como una nube que navega entre las sombras.

No tuvo una emoción fuerte, ni una aventura imprevista, ni una calamidad sonora que coloreara la página blanca de su vida. Todo en él fue blando, suave, entregado con medida, vivido sin contrastes. No fue lo suficientemente bruto para sentir la felicidad de no pensar en nada, ni lo bastante inteligente como para sufrir la angustia del saber más. Ni serio ni jocoso, ni bueno ni malo, ni estéril ni imaginativo, era como un agua tibia, como un árbol sin savia, como una sonrisa sin expresión.

Ni siquiera un rasgo de su semblante fue llamativo u original. De mediana estatura, de complexión delgada, sus ojos carecían de potencia, como una lámpara mal encendida, y su voz era de un tono tan vulgar como corriente era el color de sus cabellos.

Su presencia no era ansiada ni evitada, pues no poseía aquella parquedad desagradable, ni era tan parlanchín que fastidiara. Saludaba, hablaba de cosas banales, decía lo que otro cualquiera hubiera podido decir, y se alejaba sin haber comunicado ninguna novedad, sin haber despertado ningún efecto. No se notaba su presencia en el grupo de sus amigos cuando asistía, ni se reparaba en su ausencia cuan-

do faltaba. No poseía ninguna particularidad notable que lo definiera, pues no sabía cantar, ni contar chistes, ni decir piropos. A todos les era indiferente, y por todos pasaba desapercibido. No se sabía qué le gustaba, a qué era aficionado, cuáles eran sus ideales, pues a nadie le interesaba preguntárselo y él tampoco se afanaba en referirlo.

Cuando se encontraba con un conocido en la calle, conversaba sobre temas generales, sin profundidad ni elegancia, sin hablar de sí mismo ni incurrir por el destino del otro, como quien observa una fórmula social; y al despedirse, seguramente que su interlocutor se olvidaba que acababa de sostener una conversación.

Jamás alguien le consultó su opinión ni le pidió un consejo; ni tuvo un amigo más amigo que otros, ni un apodo cariñoso que exagerara alguno de sus rasgos. Nada en él llamaba la atención; todo en él era gris y normal, sosegado y neutro, limitado y barato. Sus exámenes no fueron brillantes que despertaran envidia, ni desastrosos que produjeran risa. Sus notas eran treces y catorces.

A no ser que lo vieran, no vivía en la conciencia de nadie. No se recordaba de él alguna opinión audaz o algún silencio elocuente, alguna pose elegante o alguna actitud gallarda. Lo que él hacía pronto se olvidaba, como se olvidaban todas sus palabras que sólo el viento guardó.

De niño, en su barrio, palomilleó como todo rapaz, pero, a excepción de una pedrada que le cayó en la cabeza y un vidrio que rompió, no le sucedió nada notable como a otros muchachos de su edad: jamás le mordió un perro, ni le tomó preso un policía, ni le atropelló una bicicleta, ni le maldijo una vieja.

Siendo de la clase media no tuvo lindos juguetes; pero no le faltaron los soldados de plomo ni el carro de cuerda. De este modo, no lo impresionó el gozo de la abundancia, como tampoco le contristó el dolor de la escasez.

No hizo viajes largos que dejaran en su memoria recuerdos de paisajes, ni tuvo muchos parientes, ni le quisieron mucho sus padres.

De su infancia, pues, no tenía nada que contar. Su adolescencia fue igualmente mediocre. Conoció el mal y el mundo, sin asombrarse mucho, sin que nada despertara su pasión. Todo le pareció justo y corriente. Pecó sin sentir mucho remordimiento, y creyó en Dios lo suficiente como para no pensar en Él.

No siendo vehemente ni tampoco apático, vivió un sentimentalismo moderado; hubo mujeres hacia las cuales se sintió atraído, pero nunca trató de discriminar la naturaleza de esta atracción. A ninguna cayó simpático, pero también por ninguna fue odiado. Y él aceptó esta indiferencia serenamente, creyéndola normal, sin sentirse herido en su vanidad, ni vulnerado en su amor propio.

Su cultura era mediana. Como todo muchacho había leído a Verne, a Dumas y a otros escritores de folletín; pero, de seguro, no sabría decir qué autor le había gustado más o qué personaje le inspiraba más simpatía. No se preocupó nunca de señalar sus predilecciones literarias.

En el colegio no se apasionó por ningún curso; estudiaba sin curiosidad, sin emoción, como si cumpliera un deber natural, un mandamiento; y en su memoria guardaba paleadas de nombres y de fechas que jamás trató de ordenar o rememorar. Lo vivido era para él inservible.

Cuando abandonó el colegio, no lo extrañó y, al enfrentarse a la vida, no sintió la más leve intranquilidad. Sin inclinaciones personales siguió la carrera que le designó su padre y, por ella, andó paso a paso, sin fastidio, pero tampoco sin entusiasmo.

Poco filósofo, no se hizo ningún problema de su existencia, ni jamás se preguntó para qué vivía. No experimentó la delicia de navegar en alas de la metafísica, ni el terror de enfrentarse a los problemas de la religión. No tuvo una posición ideológica definida, ni ideas motoras que lo arrastraran hacia una meta; todo lo contempló sin la curiosidad del artista ni la emoción del poeta: con la indiferencia del burgués.

Las circunstancias de su vida contribuyeron a fomentar su medianía. Sin haber nacido en una ciudad prestigiosa no

podía enorgullecerse de su origen; mas, como no había venido al mundo en un caserío, era injusto avergonzarse de su cuna. No descendiendo de una familia rica, no llamó la atención por su fortuna; pero como tampoco era pobre, no pudo impresionar por su miseria.

La fecha de su nacimiento no coincidió con ninguna conmemoración famosa, ni fue su nombre de pila un nombre original o inaudito, ni tuvo su apellido un rumor rancio de nobleza.

No siendo su padre un personaje notable, se vio privado de toda responsabilidad familiar; mas, como tampoco descendía de un reo, no tuvo ningún complejo que ocultar.

El único hecho prominente de su vida fue un terminal que agarró en el sorteo de Fiestas Patrias: obtuvo quinientos soles. Era justo que esto sucediera en su existencia: de lo contrario su vida habría sido tan absolutamente mediocre que se hubiera convertido en un caso interesante, excepcional de mediocridad, y, en consecuencia, hubiera dejado de ser mediocre, puesto que ya era interesante.

Al recibir su título profesional, no rindió una tesis brillante que hiciera estremecer al viejo jurado de emoción; pero tampoco sostuvo una idea estúpida que mereciera un total disentimiento. Por otro lado, tampoco resbaló en la alfombra al ir a recibir su grado, ni volcó tinta en el diploma, ni ocurrió algún incidente de esta naturaleza que confiriera a la ceremonia, ya que no un aspecto solemne, por lo menos un viraje cómico.

Abrió un estudio discreto, en una calle de poco tráfico, que fue concurrido por gentes de regular calidad, mediocres también como él. En dicho estudio ejerció paciente, silenciosamente su profesión, sin que se conociera de él alguna intervención notable, ni tampoco algún yerro espectacular.

Y mientras la placa dorada con su nombre y profesión iba perdiendo su brillo, y mientras su cabeza iba encaneciendo, sus días pasaban unos detrás de otros, siempre iguales, siempre insípidos, como duplicaciones, como las páginas de un libro.

Roberto no se casó. De haberlo hecho, su vida habría tenido ya un motivo de ser, y quedaría justificada su existencia. Pero él fue absolutamente contingente, completamente inútil al mundo; ni siquiera tuvo descendientes.

Y por fin murió. Pero hasta su muerte fue vulgar, pueril y antipoética. No se cayó de un quinto piso, ni lo arrolló un tranvía, ni lo corneó un toro. Nada digno de comentarse en los periódicos. Pescó un resfrío en una tarde invernal, y, por no cuidárselo, se le complicó con los bronquios, luego con la pleura, y, rebotando de complicación en complicación, dio en la tumba, un miércoles de fin de mes.

Fueron a su entierro algunos colegas, por solidaridad profesional. Tuvo pocas flores y ninguna lágrima. No le pusieron lápida, y justo al mes, un tío suyo le pagó una misa, a la que asistieron tres personas.

Después, se le olvidó por completo. Nadie lo recordó con ternura, nadie lo evocó con afecto. No se le citó en ninguna conversación, ni se lamentó con sinceridad de su muerte, ni le rezaron por las noches.

De su paso por el mundo no quedó nada bueno, ni nada malo. Era como si no hubiera existido, como un aerolito que cayera sin dejar estela, como un fuego que se apagara sin dejar cenizas. Se hundió en la nada llevándose todo lo que tuvo; cuerpo y alma, vida y memoria, latido y recuerdo.

Fue una vida inútil, rotunda, implacablemente inútil.

*Publicado en la revista Correo Bolivariano, Lima,
noviembre de 1949, año I, n.º 1, pp. 22-23*

LA HUELLA

Una mancha negra sobre el suelo lo hizo detenerse súbitamente, con la fuerza de un impacto que hubiera recibido a mansalva. En vano intentó seguir su camino. Delante de sus zapatos la mancha se recortaba amorfa, espesa e incitante, bajo la luz del mediodía. Lentamente se fue agachando y la pudo observar con detenimiento. Sus bordes, en apariencia lisos, mostraban de cerca sus contornos estriados, con pseudópodos ávidos que se proyectaban en todas direcciones. Era una mancha de sangre. Estaba seca; sin embargo, algo había en ella de viviente que lo succionaba y lo retenía con una fuerza inexplicable. Se incorporó para mirar más adelante y pudo observar otras manchas similares que se iban disgregando al azar, como un archipiélago visto desde el aire. Unos pasos más allá todo vestigio de sangre desapareció, y, sin poder explicárselo, fue reconfortado por un sentimiento de salvación. Aquellas manchas tenían algo en común por él, a punto de que juraría que habían brotado de su propio cuerpo. Pero un trecho más adelante aparecieron otras salpicaduras, y luego otras, en una profusión irregular y bestial, adoptando formas y dimensiones alucinantes, como si la hemorragia se hubiera tornado, de pronto, incontenible. Y esa sensación de ansiedad volvió a sobrecojerlo, al extremo que sintió una especie de vértigo, que con gran esfuerzo pudo dominar. Más adelante, sin embargo, la explosión de sangre se normalizó y, con una regularidad

geométrica, fueron apareciendo gotas idénticas, igualmente espaciadas, diametralmente exactas, como si hubieran sido impresas con un sello sobre el pavimento. La curiosidad, entonces, fue haciendo soportable su temor, y comenzó a seguirla con una avidez en la que había algo del suicida y del iluminado. Durante muchas cuerdas anduvo preso del reguero y, en la distribución de aquellas gotas, iba descubriendo un drama humano, que, sin ninguna razón atendible, le parecía vinculado a su existencia. Las gotas, a veces, se amontonaban, para arrancarse luego en una dirección insospechada, y volverse a detener para cambiar de rumbo. La persecución fue haciéndose interesante y dolorosa, como el espectáculo de una agonía, pero también cada vez más ardua. Las gotas se distanciaban y se empequeñecían, hasta que, de pronto, desaparecieron sin solución de continuidad. En vano buscó, en las cercanías una puerta, una casa donde pudieran haberse introducido. Entonces, sintió una desesperación horrible, como si la pérdida de ese rastro significara para él la pérdida de su vida. Y se lanzó por la acera con la mirada raspando la vereda. Fue entonces que descubrió un objeto arrugado y rojo. Era un pañuelo. Estuvo tentado de recogerlo, pero se contentó con leer el monograma, y las letras entrelazadas le parecieron las de un nombre cercano al suyo. Luego, a corto trecho del pañuelo, surgieron nuevamente las manchas, pero con una copiosidad insospechada. El rastro, en lugar de ser rectilíneo, fue haciéndose tortuoso, como si el hombre del cual manó aquella sangre hubiera estado tambaleándose y en trance de caer. Los árboles de la calzada, las paredes de las casas, estaban igualmente salpicados. Las manchas, además, eran más frescas y herían la vista como lancetazos. La persecución, entonces, se hizo frenética. Ya no caminaba, sino corría, a pesar de lo cual notó que se estaba introduciendo en su barrio. Pronto estuvo en las inmediaciones de su casa. Más tarde, en la misma esquina, y la sangre aumentaba sin piedad arrastrándolo con la persuasión de una sirena. Por último, se detuvo en la puerta de su hogar. Estaba abierta, y las escaleras le invitaban a subir.

Al mirar los peldaños, descubrió las manchas trepando por ellas, como un reptil implacable. Comenzó a subir. ¿A qué habitación se dirigían? Recorrieron el pasillo, pasaron delante del cuarto de sus padres, vacilaron un instante frente al baño, y siguieron, siguieron hacia su dormitorio, cada vez más vivientes, como si acabaran de ser derramadas. Un vaho caliente brotaba de ellas, y, tras enormes floraciones, se detuvieron frente a la puerta de su cuarto, que estaba entreabierta. Quiso poner la mano en la perilla, pero la notó ensangrentada, al mismo tiempo que sintió algo que caía pesadamente sobre su cama, haciendo crujir el somier. Entonces se quedó inmóvil. Recordó que el monograma del pañuelo correspondía a sus iniciales, y no le quedó la menor duda que en el interior de su habitación acababa de producirse el espectáculo de su propia muerte.

*Publicado en la revista Letras Peruanas, Lima,
febrero de 1952, año II, n.º 5, p. 30*